

El comité de la noche

Belén Gopegui



LITERATURA RANDOM HOUSE

A Inés Bértolo Fernández.
A Luis Bértolo Fernández.

Una multinacional farmacéutica plantea pagar setenta euros semanales a los parados que donen sangre.

EUROPA PRESS, Madrid, 17/04/2012

... o comité da noite.

OLGA NOVO

Los documentos durmientes, como los agentes, permanecen a la espera de ser activados cuando la organización los necesite. Hoy activamos, poniéndolos en circulación, dos documentos de extensión y origen distintos y una carta, incluida en el segundo; los tres guardan relación entre sí. Se escribieron para ser divulgados y fueron a parar a una máquina conectada a la red. La organización podía acceder a la máquina desde cualquier punto mediante *secure shell*, un intérprete de órdenes seguro, si bien nos gusta más el sigilo que evocan sus siglas inglesas: *ssh*...

Aquí los tienes ahora: descifrados, publicados. No hallarás datos operacionales, contraseñas o listas de nombres. Son documentos narrativos. Aunque la decisión de activarlos ha sido tomada por unanimidad, la discusión fue reñida, cosa que no sucedió, en cambio, cuando se acordó retenerlos y convertirlos en durmientes. El hecho de que hayamos aprobado su activación no significa que las dudas se hayan disipado. Pues si el poder de una historia tiende a ser ínfimo, lo cierto es que también resulta incontrolable.

Cuentan, es sabido, que en los días gélidos los erizos sienten la necesidad de juntarse para darse calor y no morir. Cuando se aproximan mucho, las púas de los otros erizos les causan dolor. Sin embargo, alejarse comporta un frío insoportable.

A diferencia de los erizos, nos acercamos no sólo a otros erizos sino a la causa de estos días helados. El peligro y la moderación nos mantienen a una distancia adecuada para subsistir. Pero, a veces, nos seguimos acercando.

DE ÁLEX

Hoy he vuelto a casa. Han pasado diez años desde que me fui. En realidad debo decir: hoy hemos vuelto a casa. Mi hija Marina, de ocho años, y yo. Mis padres habían convertido el cuarto donde yo dormía en un sitio para estar con el ordenador, ver televisión, guardar cajas de ropa, de libros, y planchar. Ayer nos pusimos a hacer hueco. Detrás de las cajas aparecieron las pegatinas que puse en la cama nido de madera blanca. La tabla de la plancha se apoyaba en el póster de un viejo videojuego. Debajo de la tele encontré mi tigre de peluche y, junto al ordenador, un oso tallado en madera, usado por mis padres como pisapapeles. He sacado esas cosas también. No quiero regresar al cuarto de cuando era niña. Mientras estemos aquí, éste será el cuarto de Marina aunque en las noches deba compartirlo conmigo. La ventana da a las ramas de un almez en una calle estrecha con demasiado tráfico de autobuses. Voy a vivir al otro lado de las ramas y aquí, en cada palabra. Yo ya no necesito un cuarto, y no es que Virginia Woolf no tuviera razón sino que esto es una emergencia, como la risa que se mueve en la fotografía, la época, vivir hoy.

Tengo treinta y tres años, podéis decirme que es la edad más hermosa de la vida y que a partir de ahora la madurez es una obligación, o sólo miedo. En el azúcar blanco de los sobres he visto horror, cristales que me hablaban de mundos fríos, y luego el horror se encarnó y habitó entre nosotros en un sueldo, por tercera vez en dos años, que nadie nos iba a pagar, aunque habíamos trabajado cuarenta y ocho horas a la semana durante siete meses. Diréis que me han vencido. Que estoy aquí guardando en las palabras lo que no me dejaron

poner fuera, hacer fuera. Pero esto es una tregua y es un manifiesto.

Ahora que parece que todo se puede decir: candil de nieve. No lees una combinación imposible de palabras sino la señal que, al escapar a los sentidos exactos de las cosas, apunta a lo que se dibuja en la distancia. Candil de nieve, intuyes qué puede ser, lo percibes aunque la silueta no está completamente nítida. Es entonces cuando averiguas que algunos objetos para ser vistos requieren de tu colaboración, y empiezas a darte cuenta de que lo que nos pasa no está separado de lo que pasa, ni viceversa. Candil de nieve, alguien lo escribió para una muchacha que sufría por amores contrariados. Cinco sílabas, una contradicción, una melodía: voces que al cantar esa letra han invocado el amor que perdieron o el que desean o su propia confusión, y aun el amor que ya tienen. Pero no, no es sólo eso: «De las malas colisiones no te puedes escapar, candil de nieve». Además del origen directo de la canción hay un lugar común donde convergemos al pronunciar esas palabras: lo que nos falta, al mismo tiempo igual y diferente para cada uno, para cada una.

Ahora que todo se puede decir, ahora que ya nombramos: capitalismo, destrucción de los derechos, patriarcado, explotación, trampas del romanticismo, límites, decrecimiento y hasta lucha de clases: candil de nieve. Puedo verlo allí, en el punto donde se corta lo que sé con lo que no sé todavía, y no me escapo de todas esas otras palabras al decirlo sino que busco la intersección contigo, conmigo. Si lo pronuncio en voz alta nos oigo, como esos coros que surgen cuando quien tiene la guitarra apaga su voz y sólo toca la música y deja que sea el público quien siga cantando. Candil de nieve porque, mirad, las metáforas que ya conocemos, las cosas que existen simplemente, como ahora al referirme a esos coros que se forman cuando el cantante calla, están llenas de significados que tal vez no queríamos. Oigo cómo se llena el espacio cerrado, en las voces el desmadre, la atención e ingenuidad de

las personas cantando estribillos en un concierto. Sin embargo, no quiero decir, por ejemplo, que nuestras palabras sean repetición. Ni que necesitemos al cantante para que nos dé la pauta o que otros convoquen el concierto. Aunque los conciertos sean dulces o salvajes o divertidos o movilizadores, o todo a la vez, lo que nos está pasando empieza y termina más allá de cualquier espacio que clausure el afuera cuando suena la música. Nos pasa a la intemperie. Es en la intemperie donde nos escucho decir: candil de nieve. Cantamos de lo que aún no se entiende pero nos hace latir el corazón.

Durante un tiempo yo no creí que hubiese alguien al otro lado. Al otro lado de lo que se escribe, quiero decir. Pensaba: tengo que ver sus caras, tengo que estar cerca y la piel y el olor y los abrigos. Pensaba: la red nos confunde, lo que cuenta es este cuarto adonde he vuelto ahora, o el piso de un edificio apuntalado, en ruinas, donde Héctor, el padre de Marina, comparte casa con otros tres amigos en Oporto, o las casapeceras que fuimos alquilando los dos. En internet, decía, no hay goteras, ni hace frío, ni se oye gritar a los vecinos, y la pintura del techo no se cae a pedazos. Pensaba que era problemático hablar como si no estuvieras en ninguna parte, o como si sólo estuvieras en esa parte: un ciberespacio decorado con fotografías pero no de lo que hay sino de lo que quieres enseñar. Hasta internet, decía, te siguen la edad y la estatura aun cuando juegues a ocultarlas; la humedad y el frío del lugar desde donde escribes no se van por cálida que sea la pantalla.

¿He cambiado? En cierto modo, pues, candil de nieve, lo que ahora digo es que este hablar como si las paredes no nos persiguieran tiene su razón de ser, y las razones pesan y cuentan a su modo. Viviendo me equivoco, también desacierto. Desacertar es menos grave, como aparecer en una clase que no nos corresponde: no hicimos mal el examen, tampoco rompimos nada ni dañamos a alguien sin querer; lo único que pasa es que no estamos donde nos toca. No siempre estoy donde debería y más bien casi nunca, así que vengo a las palabras, la

yema del dedo roza la tecla, escribo dientes de la democracia, escribo café en abismo, luego escribo que me hundiré mañana cuando todos despierten, mis padres y la niña.

Con los ojos tapados por dentro para que no me vean perpleja ni furiosa, la llevaré al colegio, saludaré a las otras madres y los otros padres, la mayoría velando su locura como yo la mía. Tal vez tome café, café en abismo, con dos o tres y seremos prudentes para no contar que odiamos todo, cuando nos dicen que estudiar requiere un cuarto y silencio y orden, cuando nos hablan de que los niños ya tienen que ir aprendiendo a organizarse, no olvidar las tareas, el chándal y la flauta, joder, si es su vida la que van olvidando de una casa a otra, de una crisis a otra. Lo que menos nos importó, a Marina, a Héctor y a mí, fue cuando nos separamos: llegamos a un acuerdo, la niña nos veía respirar otra vez, abrir las alas. Pero la rabia de nuestros trabajos de mierda, de los cambios de casa forzados, del llegar tarde y salir temprano y hoy duermes con tu amiga, mañana con los abuelos, esta noche no hay cuento, papá no se ha enfadado contigo, es que se ha peleado esta mañana y todavía está un poco mal, y por qué se ha peleado y dónde le han pegado, no es que le hayan pegado, es que violencia es tener que pedir que te dejen trabajar pero no estoy diciendo esto, estoy cambiando el puto chip, aunque no tenga chip que cambiar y no soporte esa expresión, estoy tapándome los ojos por dentro y busco un tema o un juego que nos lleve a otro sitio. El horror es pensar qué pasará si un día Marina se da cuenta y cuando lleguen las cosquillas no se ríe por mis manos, si ya no ve el juego y lo que ve es mi salida de emergencia, tapiada por más señas. Pero hoy todavía se ha reído, cuando escapé de sus preguntas con cosquillas, y qué harás, y qué les pasa a los abuelos, y cuánto tiempo, cuando no supe qué decir y me tumbé con ella y empezamos la guerra de cosquillas se reía, y hasta yo me reí.

No ha habido café en abismo, los padres y las madres se han dispersado como después de una bomba, como si algo

urgentísimo les reclamara. La mayoría está en paro como yo, más que correr hacia algún sitio huye de los espejos, lo sé porque yo también huyo.

En vez de meterme en un bar y pretender que el día continúa, escribo aquí, en ninguna parte, y quiero que esta pantalla sea ninguna parte, y pienso que al final todos los niños y niñas perdidas hemos venido a parar al país de ninguna parte que no es igual que el país de nunca jamás. Aquí es donde sin vernos nos vemos, donde nos tocamos sin tocarnos. Querida autocompasión, lo siento pero me dispongo a prenderte fuego, querido montón de trapos quemados, de cardos y hongos secos, hasta ahora pensé que no servías para nada pero hoy te he convertido en yesca de mi manual de supervivencia: arrojo la chispa, el candil arde y empieza el día.

Teclear es pasar del aquí al ahí. ¿Y allá? Allá todavía no aunque un día, puede, quién sabe. Teclear es irse como quien saca medio cuerpo por la ventanilla y dentro sólo asiento, salpicadero, cristales, pero fuera la brisa, tableteo de árboles, velocidad de tu mano. Lo que luego se teclee es otra historia: imágenes, llamadas, pornografía sexual o bien sentimental, un deseo, un chat desesperado. Claro que mi autocompasión estaba ardiendo, recuerda. Sé que, de sus cenizas, resurgirá mil veces y mil veces la volveré a quemar, tengo cosas que hacer. A la una me esperan en casa, quedé en ocuparme de la compra: natillas para Marina, leche y aceite, las medicinas de mi padre, judías verdes según a cómo estén. ¿Lo ves? Puedo hablar de lo que hay fuera de este país de ninguna parte. Puedo escribir que mis padres prefieren que no les vea y yo también prefiero que no me vean. Los tres allí, mano sobre mano. Mi padre, diez años ya de trabajos de mierda entre períodos de paro cada vez más largos, mi madre despedida de la última empresa donde estuvo con una indemnización de mierda y yo, hematóloga desperdiciada, poeta en clausura, médica que iba a descubrir la causa de algunas enfermedades raras y sólo trabajó en un hospital cuando se formaba, después suplencias,

después el paro y más suplencias y recalar en clínicas privadas sin contrato, sin las mínimas condiciones para diagnosticar, y después huelgas y ser ayudante de un analista en otra clínica, y luego el paro una vez más. Los contratos, las promesas, murieron hace mucho.

De acuerdo, debería volver. Está lloviendo ahora sobre mi teclado y no es una metáfora. Hace tiempo que practico este banco, no lejos del colegio de Marina y cerca de un hotel con wifi pero discreto, escondido a la vuelta de la calle ancha, en una calle pequeña con poco tránsito. De acuerdo, admitamos, no tengo fuerzas para volver tan pronto. Zapatos de fuego, sandalias de viento, qué título. A lo mejor un día le dejo a Marina ese libro, aunque tal vez a ella su historia no la roce. He cubierto el teclado con la mochila, escribo sin mirar las letras y lo que miro son las gotas de lluvia en mis sandalias que no son de viento. Furia, furia sin candil de nieve. Habíamos jurado no hablar, lo sé. Durante un tiempo, algunas de nosotras, algunos de nosotros, juramos dar un paso hacia atrás y permanecer en silencio aunque pareciera que estábamos hablando. Juramos no hablar porque hablar nos parecía reconocer la derrota y sabíamos que la derrota no es tal mientras no es aceptada y se lucha. Juramos que nos callaríamos. No era suficiente con que no nos vieran llorar, tampoco nos oírían. Por no oírnos, ni siquiera el silencio nos oírían: diríamos las palabras prácticas, mandarina, escoba o autobús, pero permaneceríamos detrás apretando los puños, con los labios mordidos y la lengua comida por los gatos. Además, nos llenaríamos la boca de cultura, nombres y obras, lugares visitados o deseables. Con ironía y un vistoso convencimiento relacionaríamos el último capítulo de la serie con aquel instante en que un grupo ya disuelto interpretó un tema mítico y así ni siquiera el gesto adusto y el apretar los puños podrían oír. Sin embargo yo ahora estoy hablando. Para no arder. Para no estallar hacia dentro como dicen que estallan las infrutescencias y son tan bellas, pero casi siempre se las comen, o se pudren.